

presentó mas que como un sitio de dolor y de destierro; disipáronse sus ilusiones, los frívolos placeres que hasta entonces le habian embriagado perdieron á sus ojos todos sus encantos y la luz divina se presentó á iluminar su alma. El abad de Rancé, cambiado en un hombre nuevo, volvió todos sus pensamientos, todos sus deseos hácia el cielo, y el pecado se le presentó en toda su deformidad.

«Mientras que yo seguia el estravío de mi corazón, dice el mismo Rancé en una de sus cartas, bebia la iniquidad como el agua, y tan ciego estaba y tan endurecido, que todo lo que leía y oía decir del pecado no me formaba mas que una débil idea de su horror, y no me producía mas que una impresion de tan leve temor que, muy lejos de poder efectuar mi conversion, solo servia para hacerme mas culpable. En fin, prosigue, llegó la época feliz en que le plugo al Padre de las misericordias y al Dios, fuente de todo consuelo, volverse hácia mí y mirarme con ojos de favor. Al disipar esta primer mirada con su luz y su virtud las nubes y tinieblas en que estaba sumerjida mi alma, vi en la aurora de este día el monstruo infernal en cuya compañía habia vivido hasta entonces con una tranquilidad tan peligrosa porque ignoraba toda la enormidad de su astucia. El espanto que me sobrecojió á tan terrible vista fué tan prodijioso, que no creo pueda recobrarme ni en toda mi vida! Ah!... si le pluguiese al Señor hacer ver de la misma manera á los pecadores endurecidos el dragon furioso de que son los compañeros, sin duda ninguna su corazón se helaria de espanto y, lo mismo que yo, no podrian entonces morir sin un milagro de misericordia.»

La cadena de desgracias que parecia arrastrar á Rancé tenia aun algunos eslabones. Estaba nuestro héroe destinado á ver sucumbir y desaparecer todo lo que le unia al mundo.

IV.

TODAVIA RANCÉ.

HABIÁSE retirado á su posesion de Veret para rezar y llorar, á solas con su dolor, cara á cara con sus recuerdos que le punzaban el alma.

Hallábase una mañana solo, como tenia de costumbre, retirado en la estancia mas apartada de su quinta. Los codos apoyados en una mesa y la frente en las palmas, permanecia entregado por completo á graves meditaciones cuando el ruido de la puerta que se abria, le hizo volver la cabeza.

Un criado se presentó en el umbral, un criado muy querido de su amo, el único que se podia atrever á interrumpir sin ser llamado las reflexiones de su señor.

—Qué hay, Antonio?—le preguntó dulcemente Rancé (1).

—Señor, es un mensajero.

—Qué mensajero?

—Un correo del duque de Orleans.

Armando dió orden para que se le introdujera.

Entró el correo.

—Señor,—dijo á Rancé,—S. A. se muere y pide veros antes de cerrar sus ojos.

—Oh!—gritó Armando llevando su mano al corazón y cubriendo su rostro de una palidez mortal.—Todavía mas!

(1) Este criado servidor adicto de Rancé, hizose mas tarde monje de la Trapa para no abandonar á su amo y vivió santamente en el claustro con el nombre de hermano Antonio.

Y en seguida mandó ensillar á toda prisa un caballo.

Cuando Rancé llegó á París y penetró en la cámara del duque, este se hallaba en su agonía. En efecto, Gaston de Orleans, pocas horas despues de haber llegado su primer limosnero, espiraba en sus brazos.

El dolor de Rancé fué mudo, pero profundo, pero terrible.

Cuando el ilustre príncipe hubo exhalado el último suspiro, Armando cayendo de rodillas y pegando sus labios abrasados por la fiebre á la mano de Gaston que colgaba fuera del lecho, murmuró sordamente:

— Todos me abandonan !

Una hora hacia que en aquella postura permanecia, regando con lágrimas la mano que se habia helado entre las suyas, cuando un hombre de majestuoso ademán y severo rostro penetró en el gabinete adelantándose lentamente hacia Rancé.

Era un sacerdote, el padre Mouchy, corazon rígido y virtuoso que varias veces habia amargamente reprendido al abad comendatario los escándalos de su disipada vida. Al ver en tal momento en él una desesperacion inmensa comprendió que era quizá la ocasion mas propicia para poder hablar eficazmente á Rancé. Nunca habla Dios mejor al corazon de los pecadores, que cuando la amargura les rasga ó la afliccion les despedaza. Así es que apareciendo repentinamente tras de Armando, que no le habia oido ni visto llegar, le dijo con voz grave y penetrante:

— Y bien! ya lo estais viendo. Y bien! qué ha sido de ese príncipe tan grande, tan respetado y que pisaba las gradas del trono? En el momento en que su vida ha terminado, en el momento en que para él ha comenzado la eternidad, título, gloria, placeres, opulencia, todo ha desaparecido, todo se ha evaporado. Hele ahí desnudo, solo, abandonado, ó mejor hele ya, precisamente en el instante en que os estoy hablando, hele ya en presencia de Dios, de ese juez terrible que no hace distincion de personas y que le pide cuenta del empleo de su vida como un día os lo pedirá de la vuestra.

Estremecióse Armando al oír estas palabras, bajó la frente ante la próxima condena con que le amenazaba el inflexible anciano y golpeándose con desesperacion el pecho, exclamó:

— Dios poderoso, Dios justo, Dios eterno, tened compasion del mas arrependido de vuestros hijos!

De aquel día data la completa conversion del abad de Rancé.

De nuevo abandona la corte cuando los restos mortales del duque quedan depositados en su último y eterno asilo, torna á Veret para llevar á cabo el

designio que ha formado, y de tan léjos como distingue la magnificencia de la casa que momentáneamente ha elegido para retiro, vuelve los ojos y exclama:

— Donde estoy, Dios y Señor mio? O el Evangelio nos engaña, ó esta es la casa de un réprobo.

Todo le parece nuevo á Rancé, cree despertar de un sueño, se asombra del lujo que adorna su quinta y se asusta de las horas perdidas allí en aquellos salones desiertos, pero poblados un día de alegres camaradas que hacian temblar sus bóvedas con las mas ruidosas carcajadas y los mas profanos cantares.

La noche misma de su llegada á Veret despide á toda su servidumbre, excepto al fiel Antonio, se deshace de sus muebles y vajilla, arroja lejos de sí sus vestidos de seda y terciopelo, viste grosera lana y se encierra en lo mas profundo de su quinta como en una tumba.

Poco tiempo despues, quedaba vendida su espléndida casa de campo, junto con sus demás posesiones, daba á sus hermanos lo que podia tocarles de la sucesion de su padre del que pagaba las deudas, recompensaba pródigamente á todos sus antiguos servidores y hacia don de los demás al hospital general de París.

El abad de Rancé, dice Massollier, se miraba como un hombre cuyos hierros han sido rotos y que se ve libre. No podia comprender como habia vivido tanto tiempo sin sentir el peso de sus cadenas y todos los horrores de la esclavitud á que Dios acababa de arrancarle. Solo pues se ocupaba de darle gracias, y cediendo á los tiernos impulsos de una gratitud infinita, repetia sin cesar: « Vos, Señor Dios mio, habeis roto mis ligaduras, yo en cambio os ofreceré todo el resto de mi vida un tributo de alabanzas. »

En efecto, Rancé acababa de tomar la decision de ir á sepultarse en la Trapa.

Mírad, vedlo allí, el día en que ha decidido llevar á cabo esta idea, vedlo de pié junto á la mesa donde arde una luz trémula á la cual acerca una á una varias cartas no abandonando ninguna hasta verlas caer reducidas á ceniza.

Son las cartas de la duquesa, su correspondencia amorosa con la muger que, ángel de paz y de caridad, habia cruzado rápida por su vista y su camino deteniéndose á refrescar el ardor de su frente con el aire puro de sus embalsamadas alas.

Y ahora, mírad, qué es lo que hace? Ha cojido con frenesí un medallon, lo acerca á sus labios, lo estrecha contra su corazon. Es el retrato de su antigua amante.

— Adios! — murmura con voz ahogada.

Y por una ventana entreabierta arroja el medallon á un lago.

— Ya estoy libre, — esclama. Todo ha concluido. Dios me aguarda!

Y sale, seguido de su único criado, de la opulenta quinta, y se aleja de ella para siempre sin ni siquiera volver la vista para decirle adios.

La conversion de Rancé, ya se comprenderá, causó no poco ruido, no poca admiracion. Los unos pretendian que su razon se habia extraviado; otros creian que una ambicion secreta era el único motivo de un retiro, tan edificante en apariencia, y que, no habiéndolo podido elevarse en el mundo á la altura que ambicionaba, trataba de abrir, por medio de una penitencia solemne, nuevos caminos á su fortuna; algunos solo querian creer en su dolor y en su desesperacion de amante que le llevaba á llorar eternamente á su querida en la soledad del claustro; muchos en fin, al contrario, no se cansaban de admirar y de ensalzar la grandeza de su desinterés y de su fé.

A nada ni á nadie contestó Armando.

Llevó á cabo su resolucion, se retiró á la Trapa, y su primer cuidado fué el remediar los desórdenes, pero en vano fué que exhortara á los religiosos á cambiar de conducta. Vióles resueltos á perseverar en su libertinaje y en su disipacion (1), y entonces, con una firmeza que bastaria por sí sola á merecerle los mayores elogios, les declaró que llamaria á los religiosos de la estrecha observancia para ocupar su sitio.

A esta proposicion, la ira de aquellos indignos monjes nó conoce freno. Se rebelan todos contra él, le insultan, le befan, amenázanle los unos con darle de puñaladas, los otros con envenenarle ó ahogarle en el estanque (2). Rancé se mantiene sereno en medio de la tormenta. Arrostra el veneno, desprecia el puñal, y, en un lenguaje sumiso pero noble y enérgico, eleva á Luis XIV una peticion para establecer la reforma en la Trapa.

«Señor, le escribe, los antiguos solitarios, de los cuales no merezco llevar ni el nombre ni el hábito, no tuvieron dificultad en salir del fondo de sus desiertos cuando á ello se vieron obligados por el servicio de Dios y las urgentes necesidades de su Iglesia, llegándose á verles en las ciudades imperiales y en los palacios de los emperadores, cuando á ello se creyeron comprometidos por las órdenes de Dios. Esto hace que no deba hallarse extraño que, habiéndome como ellos consagrado al reposo de la soledad y habiendo resuelto pasar mi vida en un continuo silencio, eleve hoy mi voz hasta el trono de V. M. puesto que me veo como obligado por semejantes consideraciones, y que no

(1) El Padre Heliot.

(2) El mismo.

«puedo dispensarme de hacerlo sin abandonar una causa que creo la de Dios.

«Lo que mas me lastima, señor, es el tener que hablar solo para quejarme, es el pensar que aquel que me abre la boca y á cuyas órdenes no me es permitido resistirme, no me pone en los labios mas que palabras de amargura, y que la caridad, la cual desea en casi todas las ocasiones ocultar las debilidades y faltas de los enemigos, me impone en esta el deber de descubrir las de mis hermanos. Pero yo espero que Dios, que es la antorcha de los reyes y que no ha dado en vano á V. M. menos sabiduría y discernimiento que grandeza y poder, espero que Dios, repito, no permitirá que V. M. juzgue mi accion de una manera distinta de lo que la juzga él mismo.»

En seguida recuerda á Luis XIV que al principio de su reinado favoreció la estrecha observancia del Cister y ordenó que fuera establecida en todos los monasterios de su reino. Verdad es, confiesa, que mas tarde se interrumpió su progreso, pero sin querer su ruina. Cuenta con esto el estado deplorable á que se halla reducida la rígida observancia de San Benito, y dice que, sino se aplica un pronto remedio á su decadencia, todo ha concluido para la orden y no habrá entonces ya que esperar restablecimiento.

«Los escesos que obligaron en otro tiempo á los reyes y á los príncipes á pedir á Inocencio VIII la supresion de la orden del Cister, prosigue en la misma carta, y que hicieron que los descendientes de aquellos que habian sido los fundadores quisieran abrir las tumbas de sus padres para de ellas retirar los huesos y las cenizas y transportarlas á otros sitios, se han aumentado con el tiempo. La impunidad, que es la madre y la conservadora de la licencia, los ha engrandecido y hecho mayores de lo que eran cuando estallaron todas estas quejas. Y lo que hace que no se les mire ya con los mismos sentimientos, es que los desórdenes son antiguos; que hace mucho tiempo que se ven y se toleran; que no tienen ya el carácter de novedad que llama siempre la atencion del mundo, y sabida cosa es que los ojos del espíritu como los del cuerpo se acostumbran á la vista de los objetos mas monstruosos y de los crímenes mas enormes.»

Dice en seguida al gran rey como Luis XII su padre, afectado por la magnitud de semejantes males, quiso ponerles remedio é instituyó á este efecto la estrecha observancia del Cister. Pasa inmediatamente en revista las diversas revoluciones que se han efectuado en la orden de San Benito.

«Mientras que V. M. la ha protegido, dice, esta orden ha estado floreciente; pero desde que habeis separado de ella los ojos, ha caido tan prodigiosamente y sus enemigos se han de tal modo aprovechado de su desgracia, que

«dentro poco veranse sus monasterios, cuya piedad y disciplina edificaban á toda la Iglesia, sumerjidos en los mismos desórdenes en que se hallan el resto de las casas de la órden que viven sin reforma, es decir, que en lugar de aquella santa uniformidad que se notaba otras veces en los miembros de este gran cuerpo, todas las comunidades se hallarán, con escándalo estremo, sometidas á los mismos desórdenes y profanaciones.»

Despues de haberse espresado en tan enérgico lenguaje, añade mas adelante:

«Se turba la tranquilidad de nuestros monasterios con cambios injustos; se intimida á aquellos en quienes se ve vigor y celo para el mantenimiento de la regularidad. Se apea á los hombres honrados, se les quita el gobierno de sus casas, y se coloca en su lugar á gentes que son incapaces de regirlas. Acaba de aparecer un nuevo breve aboliendo lo establecido para la conservacion de la reforma bajo el pontificado de Alejandro VII, á pesar de haber sido confirmado por la autoridad de V. M.»

Y concluye en estos términos:

«Como que no es mas que el temor de que se abandone la causa de la verdad lo que me obliga, señor, á informaros de todo lo que pasa, lo que me induce á elevaros estas quejas, recibiré todo lo que os plazca disponer con un respeto sincero y una sumision profunda. Miraré en la vuestra la voluntad de Dios, y, si, contra mis esperanzas, sucediera que fuesen desatendidas mis humildes súplicas, á nadie mas que á mí mismo acusaré de mi desgracia, y, no atribuyendo la causa mas que á mis propios pecados, trataré de hacerme menos indigno de la proteccion de V. M. por una vida mejor que la que he podido llevar hasta ahora, y esperaré, en el silencio de esta soledad y con continuos rezos, que le plazca á Dios inspiraros, señor, sentimientos mas favorables á nuestra órden, que era en otro tiempo el adorno de la Francia lo propio que el de la Iglesia, habiéndose visto siempre honrada y respetada de los reyes vuestros antecesores.»

«De todos modos, señor, suceda la que suceda, mis hermanos y yo continuaremos, segun hasta aquí lo hemos hecho, con todo el cuidado y aplicacion posibles, considerando vuestra sagrada persona como el objeto principal de nuestras súplicas, pidiendo sin cesar á Dios que os colme de gracias y prosperidades y, sobre todo, que os reserve en el cielo tanta parte de grandeza y gloria como lo que os ha cabido en la tierra.»

Así concluye la peticion de Rancé, peticion que es á la verdad un documento demasiado importante, para dejar pasar la ocasion de hacérselo conocer á los lectores de esta obra.

Produjo este notable escrito al monarca el efecto que el abad podia esperar y, en su consecuencia, Armando de Rancé se ocupó en reformar la Trapa, declarada regular, con la condicion, sin embargo, de que despues de su muerte volveria á ser encomienda.

Los monjes rebelados se intimidaron y consintieron en la reforma. Rancé empuñó el cetro, y su primer acto fué introducir en la abadía religiosos de la estrecha observancia. Los antiguos viéronse precisados á aprobar un concordato y á firmarlo en 17 de Agosto de 1662. En virtud de este concordato, los monjes antiguos que eran siete, seis de coro y un converso, tuvieron cada uno cuatrocientas libras de pension, y les fué permitido habitar el recinto del monasterio ó retirarse á otro punto.

No contento con haber establecido las observancias regulares en su abadía, quiso por sí mismo ponerlas en práctica y vivir con la misma austeridad que la comunidad. Así es que tomó el hábito religioso en la abadía de Perseigne, de donde habian salido los religiosos reformados que estaban en la Trapa. Empezó su noviciado el 13 de Junio de 1663 á la edad de 37 años é hizo su profesion el 26 de Junio de 1664 en manos de Miguel Guiton, delegado del abad de Prieres, vicario general, con dos novicios, uno de ellos el criado Antonio de que se ha hablado.

La bendicion abacial que recibió en seguida, le colocó en posicion completa de poder ejecutar los proyectos que habia meditado. En su ardor cristiano, creyó que los religiosos de la estrecha observancia no se hallaban lo suficiente reformados y estaba persuadido de que la regla de San Benito pedia y necesitaba algo mas todavía. El ejemplo de los primeros religiosos del Cister le conmovia profundamente, y no podia aprobar que hubiesen dejado de restablecerse todos sus usos. Su calenturiento deseo de purgar las faltas de su vida con una espiacion la mas completa, le impelió pues á querer llevar las cosas mas lejos de lo que se habia hecho en la estrecha observancia y de hacer revivir el primer espíritu de la órden.

Entonces es cuando Rancé se nos presenta en toda su grandeza, y su perfil severo se dibuja de una manera imborrable en el gran cuadro de la reforma.

El antiguo huésped del palacio de Rambouillet, el compañero y cómplice de todos los libertinos de la corte de Luis XIV, el amante de la duquesa de Montbazon, el cazador infatigable de Veret, trata de aplacar con austeras penitencias, con rezos continuos la justa cólera de Dios y, para mas hacerse merecedor á sus ojos, dicta leyes rigidas á los solitarios que le acompañan